

á misa el domingo, pero se quedaban fuera de la iglesia, en donde tenían la costumbre de darse cita para efectuar sus mercados y tratar de sus negocios.

Ahora se debe calcular todo el daño producido por la incuria y el abandono del primer miembro de canto de la Academia real de música. Por egoísmo, la señorita Laguerre había hecho traición á la causa de aquellos que poseen, exponiéndolos al odio de los que no poseen. Desde 1792, todos los propietarios de Francia se han hecho solidarios. ¡Ay de mí! Si las familias feudales, menos numerosas que las familias burguesas, no han comprendido su solidaridad ni en 1400, bajo Luis XI, ni en 1600, bajo Richelieu, ¿puede creerse que, á pesar de las pretensiones del siglo xix al progresó, la burguesía ha de estar más unida de lo que estuvo la nobleza? Una oligarquía de cien mil ricos tiene todos los inconvenientes de la democracia, sin tener sus ventajas. *El cada uno en su casa, cada cual para si*, el egoísmo de familia matará el egoísmo oligárquico, tan necesario á la sociedad moderna, y que Inglaterra practica admirablemente desde hace tres siglos. Hágase lo que se quiera, los propietarios no comprenderán la necesidad de la disciplina, que hizo de la Iglesia un admirable modelo de gobierno, hasta el momento en que se vean amenazados en sus casas, y entonces será demasiado tarde. La audacia con que el comunismo, esa lógica palpitante y activa de la democracia, ataca á la sociedad en el orden moral, anuncia que desde hoy el Sansón popular, que se ha hecho prudente, mina las columnas sociales en la bodega, en lugar de sacudirlas en la sala del festin.

CAPÍTULO VII

ESPECIES SOCIALES DESAPARECIDAS

La tierra de los Aigues no podía pasar sin un administrador, pues el general no quería renunciar á los placeres del invierno en París, en donde poseía un magnífico palacio en la calle Neuve-des-Mathurins. Buscó, pues, un suce-

sor á Gaubertin; pero, á decir verdad, no buscó con más cuidado del que Gaubertin empleó para proporcionarle uno de su mano.

De todos los empleos de confianza, no hay ninguno que exija mayor cantidad de conocimientos adquiridos, ni más actividad que el de administrador de una gran tierra. Esta dificultad no es conocida más que de los ricos propietarios, cuyos bienes están situados á la otra parte de una cierta zona en torno de la capital, y que empieza á una distancia de unas cuarenta leguas. Aquí cesan las explotaciones agrícolas, cuyos productos encuentran en París salida segura, y que dan rentas aseguradas por largos arrendamientos, para los cuales existen numerosos inquilinos, ricos á su vez. Estos inquilinos van en cabriolé á llevar sus alquileres en billetes de Banco, si sus criados, cuando van al mercado, no se encargan de hacer el pago. Así es que las casas de campo situadas en Seine-et-Oise, en Seine-et-Marne, en el Oise, en Eure-et-Loir, en el Sena inferior y en el Loiret, son tan rebuscadas, que á los capitales no se les puede sacar allí siempre más de el uno y medio por ciento. Comparado con la renta de las tierras en Holanda, en Inglaterra y en Bélgica, este producto es aún enorme. Pero, á cincuenta leguas de París, una tierra considerable implica tan diversas explotaciones, productos de tan diferente naturaleza, que constituye una industria con todos los riesgos de una fábrica. Hay rico propietario que viene á ser un comerciante, obligado á dar salida á sus productos, ni más ni menos que si fuese un fabricante de hierro ó de algodón. Ni siquiera evita la competencia; pues el aldeano, el pequeño propietario, se la hace encarnizada, descendiendo á transacciones inaceptables por gente de conciencia.

Un administrador debe saber agrimensura, las costumbres del país, sus medios de venta y de explotación, un poco de malicia para defender los intereses que le están confiados, gozar de una excelente salud y tener un gusto particular por la vida activa y la equitación. Encargado de representar al amo, y siempre en relación con él, el administrador no puede ser un hombre del pueblo. Como hay pocos administradores que disfruten de un sueldo mayor de mil escudos, este problema parece insoluble. ¿Cómo encontrar tantas cualidades por un precio módico, en un país en que las gentes que las poseen pueden optar á toda clase de empleos?... Hacer

venir á un hombre que desconozca el país sería pagar cara la experiencia que en él adquiriría. Educar á un joven nacido en el país, es, muchas veces, favorecer á un ingrato. Es preciso, pues, escoger entre alguna inepta probidad que daña por inercia ó por miopía, y la habilidad que piensa en sí propia. De ahí proviene la nomenclatura social y la historia natural de los intendentes, definidos de este modo por un gran señor polaco: «Tenemos, decía, dos clases de administradores: el que piensa en sí, y el que piensa en sí y en nosotros; ¡dichoso el propietario que logra conseguir uno de los segundos! Respecto al otro, que no pensase más que en nosotros, hasta ahora no se ha encontrado ninguno.»

Se ha podido ver en otra parte el personaje de un administrador que pensaba en sus intereses y en los de su amo (véase *Un debut en la vida*). Gaubertin es el intendente ocupado exclusivamente de su fortuna. Presentar el tercer término de este problema sería ofrecer á la admiración pública un personaje inverosímil que, sin embargo, no ha dejado de conocer la nobleza (véase *El gabinete de los antiguos*), pero que desapareció con ella. Por la división perpetua de las fortunas, las costumbres aristocráticas serán inevitablemente modificadas. Si no hay actualmente en Francia veinte fortunas administradas por intendentes, dentro de cincuenta años no existirán cien propiedades que necesiten administrador, á menos que haya cambios en la ley civil. Cada propietario rico debe velar él mismo por sus intereses.

Esta transformación, que ha empezado ya á efectuarse, sugirió aquella respuesta á aquella ocurrenente anciana, á quien le preguntaban por qué, desde 1830, permanecía en París durante el verano: «Yo no voy á los castillos desde que se han convertido en cortijos». Pero ¿qué resultará de esta lucha cada vez más ardiente, de hombre á hombre, entre el rico y el pobre? Este trabajo no tiene más objeto que esclarecer esa terrible cuestión social.

Fácil es comprender las extrañas dudas de que fué presa el general después de haber despedido á Gaubertin. Si, como todas las personas dueñas de sus actos, se había dicho: «Arrojaré á ese pillo de mi casa», dejándose llevar de su cólera, había olvidado el peligro, que reaparecería en el momento en que algún perjuicio levantase sus párpados curándole de aquella ceguera voluntaria.

Propietario por primera vez, Montcornet, hijo de París,

no se había provisto de antemano de un administrador; y, después de haber estudiado el país, comprendía lo indispensable que le era un intermediario, para que se entendiese con tanta gente y de tan baja estofa.

Gaubertin, á quien las vivacidades de una escena que duró dos horas habían revelado los apuros en que el general iba á encontrarse, montó en su caballito tan pronto como dejó el salón en que la disputa había tenido lugar, y galopó hasta Soulanges, consultando allí con los Soudry.

Al decirles: «El general y yo nos separamos, ¿á quién podríamos presentarle como administrador sin que él se lo sospeche?», los Soudry comprendieron el pensamiento de su amigo. No olvidéis que el cabo Soudry, jefe de policía del concejo desde hacía diez y siete años, ha adquirido de su mujer la astucia propia de las confidentas de las hijas de la Ópera.

—Trabajo le costará encontrar ninguno que valga tanto como nuestro pobre Sibilet, dijo la señora de Soudry.

—¡Está arruinado! exclamó Gaubertin, sofocado aún á causa de las humillaciones sufridas. Lupin, le dijo al notario que asistía á esta conferencia, id á la Ville-aux-Fayes y prevenid á Marechal, por si nuestro coracero le pidiese informes.

Marechal era aquel procurador á quien su antiguo amo, encargado de los negocios del general en París, había recomendado al general Montcornet, después de la feliz adquisición de los Aigues.

Este Sibilet, hijo mayor del escribano de la audiencia de la Ville-aux-Fayes, pasante de notario, sin un céntimo ni de donde le viniera, de veinticinco años de edad, se había enamorado locamente de la hija del juez de paz de Soulanges.

Este digno magistrado, con mil quinientos francos anuales de sueldo, llamado Sarcus, se había casado con una muchacha sin fortuna, la hermana mayor del señor Vermut, boticario de Soulanges. Aunque hija única, la señorita Sarcus, sin más riqueza que su hermosura, tenía que morir, más bien que vivir, con el sueldo que se da á un pasante de notario en provincias. El joven Sibilet, pariente de Gaubertin por una alianza difícil de reconocer en los cruzamientos de familia que hacen primos á casi todos los habitantes de los pueblecitos, debió á los cuidados de su padre y de Gau-

bertin una mala colocación en el catastro. El desgraciado tuvo la horrible dicha de verse padre de dos hijos en tres años. El escribano, cargado con cinco hijos, no podía ayudar de ningún modo á su hijo mayor. El juez de paz no poseía más que su casa en Soulanges, y cien escudos de renta. La mayor parte del tiempo, la señora Sibilet, joven, permanecía en casa de su padre, y vivía allí con sus dos hijos. Adolfo Sibilet, obligado á correr por todo el departamento, iba á ver á su Adelina de cuando en cuando. Los casamientos de esta clase explican, sin duda, la fecundidad de las mujeres.

La exclamación de Gaubertin, aunque fácil de comprender ya con este sumario de la existencia del joven Sibilet, exige aun algunos detalles.

Adolfo Sibilet, soberanamente desgraciado, como ha podido verse por el boceto que de él hemos hecho, pertenecía á esa clase de hombres que no pueden llegar á la mujer, á no ser por medio de la alcaldía ó del altar. Dotado de una flexibilidad comparable á la de los resortes, cedía, sin perjuicio de volver después á proseguir con su idea; esta engañosa disposición es una verdadera cobardía; pero el aprendizaje de los negocios en casa de un notario de provincias había hecho contraer á Sibilet la costumbre de ocultar este defecto bajo un aire de sequedad que simulaba una fuerza que no existía. Muchas gentes hipócritas ocultan su estupidez con la sequedad de su carácter; zaheridles y produciréis sobre ellos el mismo efecto que produce un alfilerazo sobre un globo. Tal era el hijo del escribano. Pero como la mayor parte de los hombres no son observadores, y como entre los observadores, las tres cuartas partes juzgan por las apariencias, el carácter gruñón de Adolfo Sibilet pasaba por ruda franqueza, por una capacidad alabada por su amo, y por una áspera probidad que había resistido á todo género de pruebas. Hay gentes que se aprovechan de sus defectos, como otros de sus buenas cualidades.

Adelina Sarcus, hermosa joven, educada por su madre, muerta tres años antes de este casamiento, todo lo mejor que una madre puede educar á una hija única en un pueblecito, amaba al joven y hermoso Lupin, hijo único del notario de Soulanges. Desde los primeros capítulos de esta novela, el padre de Lupin, que había echado el ojo á Elisa Gaubertin para su hijo, envió á Amaury Lupin á París, á casa de su colega maese Crottat, notario, en donde, bajo

pretexto de aprender á hacer actas y contratos, Amaury hizo varias locuras y contrajo deudas, arrastrado por un tal Jorge Marest, pasante del estudio, joven rico que le reveló los misterios de la vida parisiense. Cuando maese Lupin fué á buscar á su hijo á París, Adelina se llamaba ya la señora Sibilet. En efecto, cuando el enamorado Adolfo se presentó, el viejo juez de paz, estimulado por Lupin padre, apresuró la boda, á la que Adelina se prestó por desesperación.

El catastro no es una carrera. Es, como muchas de esas administraciones sin porvenir, una especie de agujero de la espumadera gubernamental. Las gentes que se introducen por estos agujeros (la topografía, los puentes y calzadas, el profesorado, etc.), se aperciben siempre un poco tarde de que otros más hábiles, colocados á su lado, se alimentan con los sudores del pueblo, como dicen los escritores de la oposición, siempre que la espumadera se inmerge en el impuesto, por medio de esa máquina llamada presupuesto. Adolfo, trabajando de la mañana á la noche y ganando poco con su trabajo, reconoció bien pronto la infértil profundidad de su agujero. Así es que, trotando de ayuntamiento en ayuntamiento y gastando su sueldo en zapatos y en viajes, pensaba en buscar una colocación segura y productiva.

A no ser siendo bizzo y teniendo dos hijos de legítimo matrimonio, es imposible figurarse la ambición que tres años de sufrimientos, mezclados con amor, habían desarrollado en aquel muchacho, cuyo talento y mirada eran igualmente torcidos, y cuya dicha tenía mal asiento, por no decir que era coja. El mayor elemento de las malas acciones secretas y de cobardías desconocidas es, sin duda alguna, una dicha incompleta. Indudablemente el hombre acepta mejor una miseria sin esperanza que esas alternativas de sol y de amor á través de continuas lluvias. Si el cuerpo adquiere enfermedades, el alma adquiere la lepra de la envidia. En las almas pequeñas, esa lepra se transforma en avaricia cobarde y brutal á la vez, audaz y oculta á la par; en los espíritus cultivados engendra doctrinas antisociales, sirviéndose de ellas como un escabel para dominar á sus superiores. ¿No podría formarse un proverbio de esto, diciendo: «Dime lo que tienes y te diré lo que piensas»?

Aunque amaba á su mujer, Adolfo se decía á todas horas: «¡He hecho una tontería! la carga es superior á mis fuerzas.

Debía haber procurado hacer fortuna antes de casarme. Siempre se encuentra una Adelina, y Adelina será un obstáculo para mi fortuna.»

Adolfo, pariente de Gaubertin, había ido á hacerle á este tres visitas en tres años. Por algunas palabras, Gaubertin reconoció en el corazón de su pariente aquel barro que desea ser cocido con las ardientes concepciones del robo legal. Sondeó maliciosamente aquel carácter, propio para rendirse á las exigencias de un plan con tal que encontrase en él algún provecho. En todas las visitas, Sibilet se quejaba.

—Primo, empleadme, le decía; tomadme como dependiente, hacedme vuestro sucesor. ¡Ya veréis cómo trabajo! Por dar á mi Adelina, no digo ya lujo, sino lo necesario para vivir modestamente, me siento capaz de abatir montañas. Habéis hecho la fortuna del señor Leclercq; ¿por qué no me colocáis en París en la banca?

—Ya veremos más tarde, te buscaré un empleo, respondía el ambicioso pariente; entretanto sigue adquiriendo conocimientos, porque todo sirve.

En tal estado las cosas, la carta que la señora de Soudry escribió á su protegido para que viniese sin perder momento, hizo acudir á Adolfo á Soulanges, llevando su mente cargada de mil castillos en el aire.

Sarcus padre, á quien los Soudry demostraron la necesidad de dar un paso en interés de su yerno, había ido aquel mismo día á presentarse al general y á proponerle á Adolfo para administrador. Aconsejado por la señora Soudry, que había llegado á ser el oráculo del pueblo, el buen hombre había llevado consigo á su hija, cuya presencia dispuso favorablemente al conde de Montcornet.

—No me decidiré á tomarle sin pedir antes informes, respondió el general; pero tampoco buscaré á nadie hasta tanto que no sepa si vuestro yerno reúne las condiciones necesarias para este puesto. El deseo de ver venir á los Aigues á tan encantadora persona...

—Madre de dos hijos, general, dijo astutamente Adelina para evitar la galantería del coracero.

Todos los pasos del general fueron admirablemente previstos por los Soudry, por Gaubertin y Lupin, que buscaron para su candidato la protección del consejero Gendrin, pariente lejano del presidente de la Ville-aux-Fayes; de la barón Bourlac, procurador general, de quien dependía Sou-

dry hijo, la del procurador del rey, y, además, la de un consejero de prefectura, llamado Sarcus, primo en tercer grado del juez de paz. Desde su procurador de la Ville-aux-Fayes, hasta la prefectura, donde el general fué en persona, todo el mundo fué favorable al pobre empleado en el catastro, tan digno de lástima por otra parte, según se decía... Su casamiento hacía á Sibilet irreprochable como una novela de miss Edgeworth, y le daba, además, fama de desinteresado.

El tiempo que el administrador despedido pasó necesariamente en los Aigues lo aprovechó para crearle dificultades á su antiguo amo, como puede verse por una de las escenas desempeñadas por él. La mañana de su marcha buscó un medio para encontrar á Piernacorta, único guarda que tenía los Aigues, cuya extensión exigía lo menos tres.

—Y bien, señor Gaubertin, le dijo Piernacorta, ¿habéis reñido con vuestro amo?

—¿Ya te han dado la noticia? respondió Gaubertin. Pues bien, sí, el general pretende tratarnos como á sus coraceros; no conoce á los borgoñones. El señor conde no está contento de mis servicios, y, como yo no estoy contento de sus maneras, hemos reñido casi á puñetazos, pues él es violento como una tempestad... Ten cuidado, Piernacorta. ¡Ah! amigo mío, yo había creído poder darte un amo mejor...

—Ya lo sé, respondió el guarda, y yo siempre os hubiese servido bien. ¡Diantre! ¡cuando la gente se conoce desde hace veinte años! ¡Vos me calocasteis aquí en tiempo de aquella santa señora! ¡Ah! ¡qué buena mujer! ¡no encontramos otra igual... El país ha perdido á su madre...

—Di, Piernacorta, si quieres, puedes ayudarme mucho.

—Pero ¿os quedáis en el país? ¡Si todo el mundo dice que os vais á París!

—No, esperando el fin de todo esto, me dedicaré á negociar en la Ville-aux-Fayes. El general no sabe lo que es este país y acabará por ser odiado... Es preciso ver cómo acabará todo esto. Tú sigue siendo indulgente en tu servicio, él te dirá que obres con dureza, pues ya sabe dónde está el mal; pero supongo que tú no serás tan tonto que te expongas á ser zurrado por las gentes del país, ó á cosa peor, por amor á sus bosques.

—¡Me despachará, mi querido señor Gaubertin! ¡me despachará! y ya sabéis cuán feliz soy en la puerta del Avonne...

—El general acabará por cansarse pronto de su propiedad, y si por casualidad te despide, no estarás mucho tiempo fuera, le dijo Gaubertin. Por otra parte, ya ves aquellos bosques, en donde será más fuerte que sus amos, dijo mostrándole el paisaje.

Esta conversación tenía lugar en un campo.

—Estos *Arminacs* de parisienses debían quedarse en sus lodazales de París, dijo el guarda.

Desde las luchas del siglo xv, la palabra *Arminacs* (*Armanacs*, los parisienses antagonistas de Borgoña) ha quedado como término injurioso en toda la comarca de la alta Borgoña, en donde, según las localidades, se ha corrompido de diferentes modos.

—Volverá allí, pero escarmentado, dijo Gaubertin; y día vendrá en que cultivaremos nosotros los Aigués, pues es robar al pueblo el consagrar para el placer de un hombre solo, novecientas fanegas de las mejores tierras del valle.

—¡Ah! ¡ya lo creo! esto daría de comer á cuatrocientas familias, dijo Piernacorta.

—Si quieres llegar á poseer dos fanegas de esta tierra, es preciso que nos ayudes á poner á ese perro fuera de la ley.

En el momento en que Gaubertin pronunciaba esta sentencia de excomunión, el respetable juez de paz presentaba su yerno Sibilet al célebre coronel de coraceros, acompañado de Adelina y de sus hijos, que habían ido en una calesa de mimbre que les había prestado el escribano del juzgado de paz, un tal señor Gourdon, hermano del médico de Soulanges, y más rico que el magistrado. Este espectáculo, tan contrario á la dignidad de la magistratura, se ve en todos los juzgados de paz y en todos los tribunales de primera instancia, en donde la fortuna del escribano eclipsa á la del presidente, cuando sería tan natural señalar sueldo á los escribanos y disminuir sus tarifas.

Satisfecho del candor y del carácter del digno magistrado, de la gracia y del aspecto exterior de Adelina, cuyas promesas fueron hechas de buena fe, pues el padre y la hija ignoraron siempre el carácter diplomático impuesto por Gaubertin á Sibilet, el conde concedió en un principio á aquella jóven y conmovedora familia un sueldo y comodidades que hicieron la situación del administrador igual á la de un subprefecto de primera clase.

Un pabellón construido por Bouret para que sirviese de

punto de vigilancia y de vivienda al intendente, edificio elegante que Gaubertin habitaba, y cuya arquitectura está suficientemente indicada en la descripción hecha de la puerta de Blangy, fué cedido á Sibilet para que se instalase en él. El general no suprimió el caballo que la señorita Laguerre concedió á Gaubertin á causa de la extensión de su propiedad, de la distancia de los mercados adonde se llevaban los productos, y de la vigilancia. Le prometió, además, veinticinco sextarios de trigo, tres toneles de vino, la leña á discreción, avena y heno en abundancia, y, por fin, el tres por ciento sobre las rentas. Allí en donde la señorita Laguerre no percibía más de cuarenta mil francos de renta en el año 1800, el general quería, con razón, obtener sesenta mil en 1818, después de las numerosas é importantes adquisiciones hechas por ella. El nuevo intendente podía, pues, llegar á ganar dos mil francos en dinero. Casa, alimentación, combustible, libre de impuestos, abonados los gastos del caballo, el conde le permitió, además, cultivar una huerta, prometiéndole que no le importaría que ocupase algunos días á su jardincro. Ciertamente que tales ventajas representaban dos mil francos más. Así es que para un hombre que ganaba mil doscientos francos en el catastro, tener la administración de los Aigués era pasar de la miseria á la opulencia.

—Sacrificaos por mis intereses, dijo el general, y no será esto todo. En primer lugar podría obtener para vos la recaudación de Conches, de Blangy, de Cerneux, descartándolos de la recaudación de Soulanges; en fin, cuando hayáis hecho ascender mis rentas á sesenta mil francos líquidos, seréis, además, recompensado.

Desgraciadamente, el digno juez de paz y Adelina, rebozando alegría, cometieron la imprudencia de confiar á la señora de Soudry la promesa del conde relativa á aquella recaudación, sin pensar que el recaudador de Soulanges era un tal Guerbet, hermano del jefe de la posta de Conches, y aliado, como se verá más tarde, á los Gaubertin y á los Gendrin.

—Eso no será fácil, hija mía, le dijo la señora de Soudry; pero que no deje por eso de dar sus pasos el conde, pues las cosas más difíciles se logran á veces fácilmente en París. Yo he visto al caballero Gluck á los pies de la difunta señora, y ella ha cantado su partitura, á pesar de ser

acérrima partidaria de Piccini (1), uno de los hombres más amables de aquel tiempo. Este señor siempre que venía á ver á la señora me acariciaba poniéndome la mano sobre la cabeza y llamándome *su hermosa bribonzuela*.

—¡Ah! ¡caramba! exclamó el cabo cuando su mujer le dió esta noticia, ¿crece acaso que va á hacer y deshacer en nuestro país, y dar órdenes de media vuelta á la derecha y media vuelta á la izquierda á la gente del valle, como si fuesen los coraceros de su regimiento? Estos oficiales están acostumbrados á dominar á todo el mundo... ¡Pero paciencia! pues tenemos de nuestra parte á los señores Soulanges y Ronquerolles. ¡Pobre padre Guerbet! ¡qué ajeno está él de que quieren robarle las mejoras rosas de su rosall!

Esta frase, del género Dorat, la había aprendido la Cochet de la señorita, la cual la aprendió de Bouret, que á su vez se la habría oído á algún redactor del *Mercurio*, y Soudry la repetía tanto, que llegó á hacerse proverbial en Soulanges.

El padre Guerbet, recaudador de Soulanges, era el gracioso, es decir, el bufón del pueblo y uno de los héroes del salón de la señora Soudry. Este dicho del gendarme pinta admirablemente la idea que todo el mundo se había formado de los nuevos amos de los Aigues, desde Conches hasta la Ville-aux-Fayes, en donde Gaubertin trabajó cuanto pudo para darles mala reputación.

La instalación de Sibilet tuvo lugar á fines del otoño de 1817. El año de 1818 pasó sin que el general pusiese los pies en los Aigues, pues las ocupaciones de su casamiento con la señorita de Troisville, que tuvo lugar en los primeros días del año 1819, le retuvieron una gran parte del verano anterior cerca de Alençon, en el palacio de su suegro, haciendo la corte á su futura. Además de los Aigues y de su magnífico palacio, el general Montcornet poseía sesenta mil francos de renta sobre el Estado, y gozaba de los honores debidos á los tenientes generales de la reserva. Aunque Napoleón hubiese nombrado á este ilustre veterano conde del Imperio, dándole por armas un escudo dividido en tres partes, en la *primera, fondo azul representando un desierto dorado con tres pirámides de plata; en el*

(1) Piccini fué un músico italiano, célebre por su rivalidad con Gluck. (N. del T.)

segundo, fondo sinople con tres cuernos de caza plateados; en el tercero, un cañón de oro sobre fondo de sable, saliendo fuera del escudo, y debajo del escudo, sobre cinta de oro con corona sinople, se leía la siguiente divisa de la Edad media: Tocad á ataque. Montcornet, aunque lo olvidaba con gusto, sabía que era hijo de un ebanista del arrabal Saint-Antoine. Se moría de deseos porque le nombrasen par de Francia. No tenía en nada la gran cinta de la Legión de honor, su cruz de San Luis y sus cuarenta mil francos de renta. Mordido por el demonio de la aristocracia, la vista de un cordón azul le ponía fuera de sí. El sublime coracero de Essling hubiese comido el barro del puente real por ser recibido en casa de los Navarreis, de los Leinnoncourt, de los Grandlieu, de los Maufrigneuse, de los Espard, de los Vandenesse, de los Verneuil, de los Herouville, de los Chaulieu, etc. Desde 1818, cuando se convenció de la imposibilidad de un cambio en favor de la familia Bonaparte, Montcornet se hizo anunciar en el arrabal de Saint-Germain por alguna de sus amigas, ofreciendo su corazón, su mano, su palacio y su fortuna al precio de una alianza cualquiera con una gran familia.

Después de inauditos esfuerzos, la duquesa de Carigliano encontró lo que buscaba el general en una de las tres ramas de la familia de Troisville, la del vizconde que estaba al servicio de Rusia desde 1789, y que había vuelto de la emigración en 1815. El vizconde, pobre como hijo menor, se había casado con la princesa de Scherbellof, que poseía un capital de un millón próximamente; pero se había empobrecido con los gastos de dos hijos y tres hijas. Su familia, antigua y poderosa, contaba un par de Francia, el marqués de Troisville, dueño del nombre y de las armas; y dos diputados que tenían todos numerosa descendencia y que dependían del presupuesto y del ministerio. Así es que tan pronto como Montcornet fué presentado por la mariscal, que era una de las napoleónicas más adictas á los Borbones, fué acogido favorablemente. Como premio de su fortuna y de una ternura ciega por su mujer, Montcornet pidió que le empleasen en la guardia real y que le nombrasen marqués y par de Francia; pero las tres ramas de la familia Troisville se limitaron á prometerle su apoyo.

—Ya sabéis lo que eso significa, dijo la mariscal á su antiguo amigo, que se quejaba de lo vago de aquella pro-

mesa. No se puede disponer del rey, lo único que podemos hacer es aconsejarle que lo haga.

En el contrato matrimonial Montcornet instituyó heredera suya á Virginia de Troisville. Completamente subyugado por su mujer, como indica la carta de Blondet, esperaba aún pasar á la posteridad; pero había sido recibido por Luis XVIII, que le dió el cordón de San Luis, le permitió adornar su ridículo escudo con las armas de los Troisville y le prometió el título de marqués para cuando él hubiera sabido ganar la dignidad de par con su adhesión.

Algunos días después de esta audiencia, el duque de Berry fué asesinado; el partido de Marsan preponderó, el ministerio Villele subió al poder, todos los hilos tendidos por los Troisville quedaron rotos y fué preciso rescatarlos con nuevos trabajos ministeriales.

—Esperemos, le dijeron los Troisville á Montcornet, que, por otra parte, fué siempre muy bien recibido en el arrabal de Saint-Germain.

Esto sirve para explicar el por qué no volvió el general á los Aigues hasta el mes de mayo de 1820.

La dicha, inefable para el hijo de un comerciante del arrabal Saint-Antoine, de poseer una mujer joven, elegante, espiritual, agradable, en una palabra, una Troisville, que le había abierto todas las puertas del arrabal Saint-Germain, que le había prodigado todos los placeres de París, todas estas satisfacciones le hicieron olvidar de tal modo la escena ocurrida con el administrador de los Aigues, que el general llegó á olvidar hasta el nombre de Gaubertin. En 1820 llevó á la condesa á su tierra de los Aigues para enseñársela; aprobó las cuentas y los actos de Sibilet sin mostrarse meticuloso: la dicha no suele ser nunca mezquina. La condesa, feliz por encontrar una encantadora persona en la mujer del administrador, le hizo regalos lo mismo que á sus hijos, con los cuales se divertía de vez en cuando.

Ordenó algunas modificaciones en los Aigues á un arquitecto venido de París, pues se proponía ir á pasar seis meses del año á aquella deliciosa permanencia, cosa que puso loco de alegría al general. Todas las economías de éste quedaron agotadas con las modificaciones que el arquitecto recibió orden de ejecutar y con un delicioso mobiliario llegado de París. Los Aigues recibieron entonces la última mano,

pasando á ser un monumento único que contenía las diversas elegancias de cuatro siglos.

En 1821, el general se vió casi intimado por Sibilet á volver antes del mes de mayo. Se trataba de asuntos graves. El arriendo de nueve años y de treinta mil francos hecho por Gaubertin á un comerciante de leña en 1812, finalizaba el 15 de mayo de aquel año.

Así es que Sibilet, celoso de su probidad, no quería meterse á renovar el arriendo. «Ya sabéis, señor conde, le escribía, que no me gustan los chanchullos.» Además, el comerciante de leña pretendía la indemnización que acostumbraba á repartirse con Gaubertin, y que la señorita Laguerre se había dejado arrancar á causa de su repugnancia por los procesos. Aquella indemnización se fundaba en la devastación de los bosques llevada á cabo por los aldeanos, que trataban á los Aigues como si tuviesen derecho á sus bosques. Gravelot hermanos, comerciantes de maderas en París, se negaban á pagar el último plazo, ofreciéndose á probar con un perito que los bosques presentaban una disminución de una quinta parte, y arguyendo el mal precedente establecido por la señorita Laguerre.

«Yo he citado, decía Sibilet en su carta, á esos señores ante el tribunal de la Ville-aux-Fayes, pues ellos han señalado como domicilio la casa de mi antiguo amo, el señor maese Corbinet. Mucho me temo una condena.»

—Se trata de nuestras rentas, hermosa mía, dijo el general enseñando la carta á su mujer: ¿queréis que anticipemos nuestra marcha á los Aigues?

—No, id vos solo; yo iré á unirme á vos tan pronto como empiece el buen tiempo, respondió la condesa, muy contenta de poder permanecer sola en París.

El general, que conocía la maldita llaga que devoraba la flor de sus rentas, partió, pues, solo, con intención de tomar rigurosas medidas. Pero, como vamos á ver en seguida, el general no contaba con Gaubertin.